



DON MANUEL MACHADO

DON Manuel Machado tenía el alma de nardo del árabe español, como se supo un día en que venía de hacerse una radiografía del Seguro (inolvidables años cuarenta). «Anda, pues tiene usted un nardo en el alma», le dijo el radiólogo. «¿Y no le molesta? ¿No ha notado usted nada nunca?».

—Un poco de ardor de estómago —dijo el eximio poeta.

—Bueno, eso puede ser del amontillado.

Total, que don Manuel Machado se fue a un café a escribir inmediatamente un poema contando que él tenía el alma de nardo del árabe español. Era el diagnóstico médico un poco embellecido y retocado por la retórica. Sin duda, se había tragado un nardo de pequeño, jugando en un patio de Sevilla con su hermano don Antonio, que ya de pequeño se llamaba don Antonio y había escrito, a sus cinco añitos, «La tierra de Alvaronzález». Manuel Machado, no sabiendo superar el resquemor, fue y se tragó el nardo, que luego le fue creciendo en el alma, regado con la cerveza de las cervecerías taurinas de la calle de la Cruz.

Ahora, el nardo cumpliría cien años, si viviese. Pero no hay nardo que cien años dure. Y ese centenario es el que conmemora el país, y al cual quiere unirse esta redacción. Se cuenta que cuando jugaban los dos hermanos en el patio de la casa de los Alba, don Antonio decía:

—Estos Alba son unos latifundistas y unos oligarcas.

Y don Manuel, que era más de derechas y más de orden, iba y se lo contaba a los ancianos padres.

—Mamá, me parece que don Antonio nos sale un poco masón. Siempre se está metiendo con los señoritos.

Una de las dos Españas había de helarles el corazón. A don Antonio le tocó el cardo y a don Manuel le tocó el nardo. Y encima era amigo —íntimo— de la capa.

LORD

